

# LA DIALÉCTICA DE LA EXCELENCIA ACADÉMICA

DE LA EVALUACIÓN A LA MEDICIÓN DE LA ACTIVIDAD CIENTÍFICA

BENNO HERZOG

JUAN PECOURT

FRANCESC J. HERNÁNDEZ

*DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL*

*UNIVERSITAT DE VALÈNCIA*

Recepció: juny 2015; acceptació: juliol 2015

## R E S U M E N

EN EL DEBATE SOBRE EL FUTURO DE LAS UNIVERSIDADES, LA IDEA DE LA EXCELENCIA RESULTA ONNIPRESENTE COMO DESCRIPCIÓN O AUTO-DESCRIPCIÓN DE CENTROS O GRUPOS DE INVESTIGACIÓN Y COMO OBJETIVO DE LA POLÍTICA CIENTÍFICA. LAS TENDENCIAS HACIA LA CUANTIFICACIÓN, LA OBSESIÓN POR LA EFICIENCIA, LA VINCULACIÓN DIRECTA ENTRE LOS LOGROS CIENTÍFICOS Y LA RESOLUCIÓN INMEDIATA DE PROBLEMAS ESPECÍFICOS, SUPONEN UN DESAFÍO DIRECTAMENTE A LAS CONCEPCIONES TRADICIONALES DE LA TAREA UNIVERSITARIA.

EL OBJETIVO DE NUESTRO ARTÍCULO ES DESPLEGAR LA NOCIÓN DE EXCELENCIA ACADÉMICA EN SU VERTIENTE INVESTIGADORA Y MOSTRAR SUS IMPLICACIONES POLÍTICAS Y ACADÉMICAS NO INTENCIONADAS, QUE PODRÍAN SER CONTRARIAS AL IDEAL QUE LA IMPULSA. EN VEZ DE PREGUNTAR CÓMO SE PUEDE ALCANZAR LA EXCELENCIA, ESTE TEXTO CUESTIONA LA PROPIA EXIGENCIA.

## PALABRAS CLAVE:

UNIVERSIDAD, CIENCIA, INVESTIGACIÓN, CALIDAD, BIBLIOMETRÍA.

Hay una cosa de la que no puede decirse ni que es de 1 metro de longitud ni que no es de 1 metro de longitud, y es el metro patrón de París.— Pero con ello, naturalmente, no le he adscrito ninguna propiedad maravillosa, sino sólo he señalado su peculiar papel en el juego de medir con la vara métrica.— Imaginémonos que las muestras de los colores se conservasen también en París de manera análoga al metro patrón. De este modo definimos: «*Sepia*» significa el color del sepia patrón que se conserva allí herméticamente cerrado. Entonces no tendrá

sentido decir de esta muestra que tiene este color ni que no lo tiene.

(Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas* §50)

En el debate sobre el futuro de las universidades, la idea de la excelencia resulta omnipresente como descripción o auto-descripción de centros o grupos de investigación y como objetivo de la política científica. De ello son un claro testimonio las convocatorias de los campus de excelencia en Espa-

ña o de los clúster de excelencia en Alemania. Con la excelencia parece vislumbrarse un nuevo ideal de la educación superior que se aleja del patrón determinado por los ideales humanistas de Kant y Humboldt para acercarse al modelo de gestión empresarial desarrollado en las últimas décadas. Hay que recordar que los promotores de la reforma universitaria alemana aspiraban a que la nueva institución creara formas de conocimiento universales y que al mismo tiempo fueran universalizables, es decir, que pudieran llegar a un segmento amplio de la ciudadanía. Este proyecto implicaba una concepción del trabajo científico relativamente alejada de los intereses específicos del mercado y del Estado, asociándose a una cierta visión de los valores propios e inherentes de la investigación. La nueva noción de la excelencia, difundida en los manuales de gestión académica y en los discursos de los representantes públicos, abre la puerta a una concepción muy diferente de la ciencia, de sus contenidos y sus usos.

La visión original de Humboldt ha ido acomodándose, por supuesto, a los diferentes contextos históricos. Así, a partir de la segunda mitad del siglo xx, se reformuló para adaptarse a las circunstancias sociales de la posguerra. En aquellos años, las universidades occidentales se expandieron para satisfacer las necesidades duales del Estado del bienestar: por una parte, pretendían servir de base para impulsar el capitalismo avanzado (mediante la investigación) y por la otra, aspiraban a redistribuir los logros de la investigación entre la población (mediante la enseñanza). El Estado desempeñaba un papel fundamental en el proceso: inyectaba cuantiosos recursos económicos y, en muchos casos, definía las líneas de investigación, condicionadas por los intereses estratégicos de la Guerra Fría (Fuller 2009). Durante este período fueron constantes las referencias al famoso «complejo académico-militar» y la sumisión de la investigación a las necesidades estratégicas de los Estados o de los bloques en conflicto.

Las funciones adquiridas por la universidad en el período de posguerra empiezan a diluirse a partir de los años 70 y 80, cuando una serie de cambios trascendentales a escala global conducirán a

una modificación de la estructura y función universitarias, así como de las maneras de concebir el trabajo científico. Las grandes transformaciones globales se acompañan, en los países occidentales más importantes, de un proceso paulatino de desmantelamiento del Estado de bienestar. Este proceso proyecta una incertidumbre creciente en las instituciones universitarias. La retirada del Estado tiene como consecuencia el sometimiento de la universidad, cada vez más patente, a la satisfacción de las necesidades del mercado, adaptando sus modelos de gestión corporativa, así como sus maneras de entender la calidad y el éxito.

La presencia cada vez más intensa de los nuevos sistemas de gestión, el predominio de la cuantificación y de una cierta noción de la eficiencia, rompe definitivamente con el ideal humboldtiano que vinculaba la enseñanza universal y la investigación desinteresada, e impone nuevas normas para evaluar y difundir la calidad científica que se centran en la búsqueda de una cualidad excepcional que los miembros de la comunidad académica suelen denominar «excelencia», lo que implica el desarrollo de un discurso específico sobre sus propiedades y la generación de técnicas concretas para detectarla y medirla.

Estos discursos y técnicas guardan similitudes sorprendentes con los que se desarrollan en el mundo empresarial. En este sentido, puede afirmarse que la concepción de la excelencia imperante se origina en Estados Unidos y procede del mundo de la empresa (Herrmann 2009). El pensamiento corporativo de las últimas décadas, que se considera responsable de grandes avances en el ámbito de la productividad económica, se está aplicando también a las universidades, primero en Estados Unidos y más tarde, al hilo del llamado proceso de Bolonia, en las universidades europeas. No obstante, estas técnicas de gestión y evaluación empresarial resultan muy problemáticas cuando se imponen directamente sobre los procesos universitarios. Las tendencias hacia la cuantificación, la obsesión por la eficiencia, la vinculación directa entre los logros científicos y la resolución inmediata de problemas específicos, suponen un desafío directamente a las concepciones tradicionales de la tarea universitaria.

Un ejemplo de esta tendencia se encontraría en la proliferación de «parques científicos», financiados total o parcialmente por empresas privadas, que se dedican a la investigación y a la producción de formas de conocimiento que se alejan de los patrones clásicos y en los que resulta fundamental su inserción en el mercado, acogiéndose a mecanismos de distribución empresarial y, lógicamente, al sistema de patentes y a las leyes de la propiedad intelectual.

El objetivo del presente artículo es desplegar la noción de excelencia académica en su vertiente investigadora y mostrar sus implicaciones políticas y académicas no intencionadas, que podrían ser contrarias al ideal que la impulsa. Se trata, pues, de mostrar la *dialéctica de la excelencia*. Para ello, el artículo analiza en un primer paso la transformación general del concepto de excelencia durante la modernidad. Esta transformación, que ha desembocado en la pretensión de medir con precisión un cierto objeto, evidencia dinámicas sociales propias de la postmodernidad (epígrafe 1). El segundo paso de nuestra argumentación trata de situar el concepto de excelencia en el espacio universitario (epígrafe 2). Una vez desplegada la noción y mostrado su uso actual, se presentan los problemas técnicos y las aporías que resultan de su uso. En definitiva, se muestra como la excelencia produce su contrario (epígrafe 3). Finalmente se contraponen una visión auto-consciente de excelencia a la noción predominante (epígrafe 4).

Con esta argumentación, el presente artículo adopta una posición sociológica fundamental: en vez de seguir ciegamente el postulado y los criterios de la excelencia, y preguntarse cómo podemos incrementarla en el sistema universitario, analiza las condiciones y consecuencias estructurales de esta noción o formación discursiva. En vez de preguntar cómo se puede alcanzar la excelencia, lo que sería, según Boltanski (2010), adoptar la perspectiva del ingeniero social o del «experto», este texto cuestiona la propia exigencia. El artículo toma en serio lo que Horkheimer decía hace más de 70 años sobre la actitud crítica: «Las categorías de lo mejor, lo útil, lo conforme a fines, lo productivo, lo valioso [y aquí se podría añadir: lo excelente] [...] le resultan más bien sospechosas, y en modo alguno

considera que sean presupuestos extra-científicos sobre los que no tenga nada que decir.» (Horkheimer 2000: 41)

## 1. LA EXCELENCIA: DE LA MODERNIDAD A LA POST-MODERNIDAD

Los diccionarios de la Real Academia Española documentan perfectamente la manera como la noción «excelencia» pasa de definirse en función de un momento «intrínseco» a determinarse por un momento «extrínseco» o relacional (epígrafe 1.1). La desustantivización de la excelencia se inscribe en los procesos anteriormente apuntados, y sobre los que se profundizará más adelante, de racionalización, mercantilización y globalización de las sociedades contemporáneas (epígrafe 1.2). Los cambios semánticos abren la puerta a nuevas formas de entender la excelencia, claramente perceptibles en el mundo empresarial, pero también, y de manera creciente, en otros espacios sociales, como es el caso de la universidad contemporánea. Seguidamente analizaremos las transformaciones semánticas del concepto y en los siguientes epígrafes observaremos sus consecuencias específicas en el mundo universitario.

### 1.1. DE LA DEFINICIÓN INTRÍNSECA A LA EXTRÍNSECA

En el Diccionario de Autoridades de la Real Academia Española (volumen D-F, de 1732) se define por primera vez la excelencia como: «Perfección, grandeza y calidad que constituye y hace digna de singular aprecio y estimación alguna cosa: como excelencia de *ánimo*, de ingenio, de virtud, de doctrina, y assi de otras cosas que son selectas y aventajadas en alguna classe y género.» (Idéntica definición en los diccionarios usuales de 1780 y 1783). En el diccionario de 1791 se enmendó la definición, tanto en su comienzo como en su final. En el comienzo, la «perfección, grandeza y calidad» fue sustituida por «la superior calidad o bondad». Adviértase que con esta modificación el tercero de los sustantivos, la «calidad», quedaba antepuesto a «bondad», que venía a sustituir a la «perfección», y ambos eran cualificados por el ad-

jetivo «superior», que parece ser la transformación de la anterior «grandeza», aunque naturalmente hay una diferencia entre esta noción y el comparativo «superior». Con esta nueva definición quedaba destacada la relación entre la excelencia y la calidad, sobre la que volveremos más adelante, y se incurría en una cierta paradoja, ya que se calificaba de «superior» una «calidad», mientras que lo que representa una «porción de una magnitud», y por lo tanto es susceptible de ser superior o inferior, es una «cantidad» y no una «calidad». Quiérese decir que cuando los académicos hablaron de calidad «superior» estaban tratando de la «grandeza» de algo, pero no como magnitud, sino como calidad «que constituye», como naturaleza constituyente, podríamos decir. La definición de 1732 también fue modificada por su final en 1791. Se eliminaron los ejemplos, de los que se mantuvo, sin embargo, la relación al «género» propio de la cosa excelente. Así, el nuevo texto quedó redactado de este modo: «La superior calidad, ó bondad que constituye y hace digna de singular aprecio y estimación en su género alguna cosa.» (Diccionario de la Academia Usual de 1791, definición repetida en los diccionarios de 1803, 1817, 1822, 1832, 1837, 1843, 1852 y 1869).

La definición del diccionario de 1884 añadió otro sutil desplazamiento semántico en el mismo sentido de la aparentemente paradójica maniobra de cuantificar la calidad. Se eliminó el artículo determinado inicial y se sustituyó el adjetivo final por un artículo indetermido. Así, la definición quedó: «Superior calidad ó bondad que constituye y hace digna de singular aprecio y estimación en su género una cosa.» (Academia Usual, 1884; repetida en 1889, 1914 y 1925). Ya no se habla de «la superior calidad o bondad», sino de *una* «superior calidad o bondad»; *una* que se puede precisar frente a *otras*. Se podría decir que, con estas modificaciones, la noción sufría una tensión dialéctica entre, por una parte, un momento intrínseco, una naturaleza (esto es, aquello que constituye y hace digno de singular aprecio, etc.) y un momento extrínseco, una relación, que se expresa en la comprensión de la cualidad como una cantidad, como una relación en la que se puede establecer superioridad o inferioridad.

La tensión se agudiza en la edición del Diccionario Manual de 1927, donde se resume la definición por el procedimiento de eliminar buena parte de ella. Allí se escribe: «Superior calidad o bondad» (definición repetida en los diccionarios manuales de 1950, 1984 y 1989). En esa síntesis se ha eliminado la referencia al momento intrínseco y la «calidad» y la «bondad» se entienden como magnitudes cuantificables, algo impensable en la concepción clásica.

Desde la edición del Diccionario de la Academia Usual de 1936 hasta el presente únicamente se ha modificado el final de la definición. «[...] aprecio y estimación en su género una cosa.» (definición repetida en las ediciones de 1939, 1947, 1956, 1970 y 1984). «[...] aprecio y estimación una cosa.» (Diccionario de la Academia Usual de 1992) y «Superior calidad o bondad que constituye y hace digno de singular aprecio y estimación algo.» (Academia Usual 2001, edic. 22<sup>a</sup>, actual).

### 1.2. EXCELENCIA Y NUEVO ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

La desustantivización de la noción de excelencia, que corre paralela a la del concepto de calidad, no es más que otro caso del proceso histórico por el cual «todo lo sólido se desvanece en el aire», dando paso al «nuevo espíritu del capitalismo» (Boltanski 2010), caracterizado por la ausencia de anclajes estables, la flexibilidad, la movilidad y el cambio constante. Así, por ejemplo, los ideales clásicos de la belleza, la virtud o la verdad acaban definidos en términos relacionales. No es el museo el receptáculo de una obra de arte, sino al revés: la obra de arte es aquello que está alojado en un museo, sin que tenga ya ninguna relación con un ideal armónico intrínseco, con la pericia del artista o la belleza de su elaboración. No es una naturaleza buena la que define en sí las obras virtuosas, sino su relación utilitarista con el bien colectivo. Y, para volver al campo científico de la búsqueda de la verdad, no es la verdad científica la adecuación con un estado de cosas (la *adequatio rei*), sino el seguimiento fiel de determinadas convenciones paradigmáticas y el reconocimiento que de ello haga la comunidad científica.

Lo cierto es que la mutación conceptual arriba descrita encaja perfectamente con los procesos de cuantificación de las tareas y mercantilización de los resultados propios del mundo universitario actual, abriendo un escenario inédito en la percepción de la calidad académica. Los modelos de gestión empresarial exigen una cuantificación exacta del conocimiento para insertarlo en los procesos de producción y distribución económica. A tal fin, se establecen *rankings* e índices de productividad, que marcan las reglas de competencia entre los participantes. Esta racionalización de los métodos de gestión está siendo asimilada progresivamente por los gestores universitarios, considerándose la mejor forma de alcanzar la eficacia y lograr la competitividad a nivel global. Bill Readings (1996) relaciona la obsesión actual de las universidades por la búsqueda de la excelencia con el asentamiento de los procesos de «gestión de calidad total». Según él, la concepción dominante de la excelencia, en su dimensión cuantitativa, se aplica a todos los ámbitos de la vida académica, y no solamente a la búsqueda del conocimiento o la enseñanza excelentes. Así Readings pone el ejemplo del premio a la excelencia en los servicios de aparcamiento recibidos por la Universidad de Cornell. Políticas perfectamente opuestas podrían dar lugar a la excelencia, tanto aumentar el número de aparcamientos para que el personal académico pueda estacionar sus vehículos con mayor facilidad, como reducirlos con el fin de proteger el medio ambiente. En ambos casos, contradictorios en sí mismos, podría darse una política de gestión de aparcamientos excelente. Este tipo de paradojas también pueden plantearse, y de hecho se plantea, en los ámbitos de la excelencia investigadora.

## 2. LA EXCELENCIA ACADÉMICA

Decíamos que la idea de excelencia se está introduciendo en todos los ámbitos de la gestión académica, aunque también es cierto que en unas áreas es más determinante que en otras. Desde el establecimiento de la Universidad de Berlín a comienzos del siglo XIX, según la ordenación de Humboldt, la universidad se define como «escuela superior y academia de ciencias», esto es, como una organi-

zación que cumple finalidades docentes e investigadoras (por ahora, dejaremos de lado la función cultural o de extensión). Por tanto, a grandes rasgos, la aplicación de la noción de excelencia al ámbito universitario se escinde inmediatamente en una excelencia en general, que denominaremos académica, una excelencia docente y una excelencia investigadora, que es la que abordaremos en las próximas páginas. De este modo, como veremos, se han generado discursos sobre la excelencia investigadora que muestran su carácter indeterminado, pero al mismo tiempo también su capacidad para clasificar y jerarquizar la actividad académica, y de esta manera adaptarla a los sistemas de gestión imperantes.

### 2.1. ESTILOS EPISTEMOLÓGICOS Y CULTURAS EVALUATIVAS

Realmente, los discursos académicos sobre la excelencia son complejos y difíciles de explicitar. Uno de los intentos más sistemáticos es el de Michelle Lamont, quien rastrea las diferentes concepciones de la excelencia y su vinculación a diferentes áreas de conocimiento. En sus estudios, centrados en las universidades americanas, aunque los resultados podrían extrapolarse a las europeas, Lamont advierte que hay una pluralidad de definiciones de la excelencia. Para ordenarlas, introduce la noción de «estilo epistemológico», que sería una manera colectiva de entender cómo se construye el conocimiento y que incluye también la creencia misma en la posibilidad de dicho conocimiento, así como la capacidad de verificarlo empíricamente (Lamont 2009: 53-107). En el seno de la comunidad universitaria existen diversos estilos epistemológicos; cada uno de ellos incorpora además una «cultura evaluativa» específica, es decir, una serie de pautas y de métodos que se utilizan para evaluar y discriminar entre los productos académicos que cumplen o no con los estándares más elevados de la excelencia. Las culturas evaluativas implican tecnologías específicas que se utilizan para detectar y medir el grado de excelencia de las producciones científicas. El resultado de estos tests disciplinarios es fundamental porque condicionará en gran medida la trayectoria profesional del sujeto evaluado.

Lamont pretende determinar las características de la excelencia referidas a la investigación, aunque podría decirse que sus afirmaciones se inscriben en una tradición que se remonta a los debates sobre la cientificidad de las *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu) y a los análisis de C. P. Snow (1959) sobre la incomunicación de las «dos culturas», la científica y la humanista, incomunicación que habría desencadenado recientemente las llamadas «guerras científicas» (Best y Kellner, 1997). Habermas (1982) diferencia estas dos versiones como la técnico-científica, característica de las ciencias naturales, que tiene como objetivo el mismo progreso técnico, y la visión autoconsciente de las humanidades en la que cabe el ideal de la emancipación. Habermas es muy claro en su crítica a la aplicación de metodología técnico-científico en las ciencias sociales.

En resumen, si en el mundo científico y académico conviven estilos epistemológicos y culturas evaluativas diferentes, que además se pueden definir en términos de incomunicación o enfrentamiento, ¿qué puede garantizar un acuerdo general sobre los criterios de la excelencia académica? No es de extrañar que algunos autores se hayan mostrado escépticos ante la posibilidad de medir la excelencia en el ámbito universitario. Así Villa Sánchez (2008) recuerda la dificultad de «medir» la calidad y el hecho que el intento de definir el concepto de calidad «es una empresa definitoria imposible de lograr, y que en consecuencia, *la calidad universitaria* (o cualquier otra) no debería intentar definirse sino describirse en sus componentes o elementos fundamentales.» (p. 179).

Una cuestión añadida deriva del hecho de que las comparaciones no conocen más fin que el de una cantidad mayor (de citas, de impacto, etc.). La comparación por tanto siempre justificará la existencia de los que comparan, porque siempre puede apuntar a déficits de la mayoría frente a la minoría excelente (Keller 2010a: 31). Y de forma inversa se puede decir que en cada comparación siempre habrá una minoría que, por la propia definición de la base de medición, resulta ser excelente. Se trata, pues, de una noción relativa que siempre detecta excelencia en cualquier grupo relacional.

## 2.2. LOS COMPONENTES DE LA EXCELENCIA INVESTIGADORA

Volviendo a la tesis de Lamont, a pesar de su descripción de diferentes estilos epistemológicos y culturas evaluativas, considera que la excelencia sigue siendo el criterio básico que se utiliza para discriminar entre el amplio abanico de resultados de la investigación científica realizada en el espacio universitario. Es cierto que no existe una definición canónica de excelencia, ni un acuerdo tácito entre autores y disciplinas sobre su significado, pero sí que es posible identificar una serie de propiedades básicas que suelen entrar en las diferentes justificaciones, aunque su peso pueda variar de unas disciplinas a otras. Según Lamont, las propiedades esenciales de la excelencia son: a) la claridad, b) la calidad, c) la originalidad, d) la relevancia, y e) el equilibrio entre teoría y método (Lamont 2009: 159-202). Comentaremos brevemente estas cualidades.

- a. *Claridad*. Aunque en un principio puede parecer un criterio más bien formal, la claridad es uno de los elementos básicos que suele valorarse cuando se busca la excelencia. Pueden utilizarse otros términos similares para referirse a ella como la «luminosidad», la «transparencia», la «precisión», la «concreción analítica», el «rigor» o la «frescura». En este caso se considera que un trabajo claro, caracterizado por una escritura sutil y elegante, es el reflejo de un intelecto claro y ordenado.
- b. *Calidad*. Como se ha dicho, muchas veces la calidad se utiliza como sinónimo de excelencia, aunque en este caso la consideraremos como uno de sus elementos constitutivos. La calidad se manifiesta en la destreza del trabajo, la profundidad, la atención a los detalles, la solidez y la consistencia. Aquí suelen establecerse paralelismos entre la calidad «académica» y la calidad «artesanal»; podemos decir que un trabajo tiene calidad cuando está «bien hecho», o en otras palabras, cuando muestra claramente el oficio y el «saber hacer» del responsable.

- c. *Originalidad*. Al igual que la calidad, se trata de un concepto abstracto y polisémico que puede abordarse desde múltiples dimensiones. En términos muy generales, la originalidad supone introducir elementos nuevos en la investigación científica, elementos que antes no se habían tomado en consideración porque no se tenía claro su interés. Se puede ser original en la aproximación general, en la metodología, en el uso de la teoría o en la selección de los datos; también se puede ser original estudiando temáticas ignoradas anteriormente o recurriendo a autores marginados por el canon establecido. La originalidad se ha descrito también a veces con el adjetivo del conocimiento contrafáctico. Lo inmediatamente obvio o lo ya comúnmente establecido, aunque tenga un respaldo y una base científica, no resulta ser excelente.
- d. *Relevancia*. Referirse a la relevancia implica evaluar la importancia, la necesidad y el sentido de la investigación científica. En los diversos campos científicos, la valoración de la relevancia puede abordarse según dos grandes perspectivas: podemos referirnos a la relevancia «intelectual y teórica» o a la relevancia «política y social». La relevancia teórica designa la importancia del trabajo en el seno de una disciplina específica, porque responde preguntas teóricas que se consideran importantes dentro de una tradición concreta, o porque se moldea de acuerdo a las pautas y principios establecidos por la disciplina. La relevancia política y social se basa en la capacidad que tiene un trabajo para dar voz a los más desfavorecidos y producir formas de conocimiento que sean socialmente beneficiosas. Se trata de una distinción básica entre aquellos que defienden el «conocimiento por el conocimiento» y los que prefieren el «conocimiento en beneficio del cambio social».
- e. *Teoría y método*. Finalmente, un último elemento que suele tenerse en cuenta es el papel que ejercen tanto la teoría como el método en la investigación. La clave del éxito suele

buscarse en la forma en que se resuelve la articulación de la teoría con los datos, un problema que destaca en el ámbito de las ciencias sociales.

Por tanto, aunque puede haber un acuerdo sobre estos componentes, tampoco su definición aporta mayor precisión.

### 3. UNA EXIGENCIA AUTOCONTRADICTORIA

Cuando se pasa a la medición de la excelencia (en muchos casos pretendiendo que medición y evaluación sean lo mismo), se suele hacer uso de metadatos de la actividad científica. No se trata ya de evaluar una idea o un texto sino de analizar una gran cantidad de «producción científica», en su conjunto y en relación con la «producción» de otros científicos. Mostraremos cómo la forma de medición implica una serie de problemas lógicos y técnicos (epígrafe 3.1.) y cómo el proceso de medición produce efectos no deseados e incluso contrarios a la idea original de excelencia (epígrafe 3.2.).

#### 3.1. LA MEDICIÓN POR ÍNDICES

El intento de definición de la excelencia que parte de a) descomponer la idea de la excelencia; b) comparar entre sí diversos «candidatos a la excelencia»; y c) vincularlo al momento extrínseco del aprecio recibido por otros, tiene una afinidad electiva con el esfuerzo de medir excelencia mediante «cifras». Podemos esbozar una concepción de la excelencia que se originó en el ámbito de la productividad empresarial, desde donde se desplazó hacia las universidades y centros de investigación. En las empresas, la excelencia está vinculada con la preocupación por el incremento cuantitativo, la posibilidad de medir y evaluar la producción. En la producción material, la división de la producción en aspectos evaluables parece no tener grandes misterios: cantidad de productos, margen de beneficio, horas trabajadas, recursos consumidos, etc., son fácilmente identificables para medir la eficiencia con el objetivo de aumentarla hasta su máximo excelente. Que sea mesurable la produc-

ción no implica, sin embargo, que esta medida no opere haciendo abstracción de muchas cosas: desde la función social de la producción, como ya recordaba Marx, hasta las exigencias normativas de paz, dignidad o convivencia.

En Estados Unidos, en el momento álgido del liberalismo económico, sobre todo durante las administraciones de Reagan y Bush, creció la presión para aplicar conceptos procedentes del mundo económico a los ámbitos de la educación y la investigación científica. Para ello, en el campo de la investigación, se crearon diferentes indicadores que miden partes fundamentales de la «productividad» científica. Estos índices se basan sobre todo en la productividad (en la mayoría de los casos referida a textos científicos) y en la visibilidad (que remite a productos visibles como textos y el «uso» de estos en forma de citas o, de forma indirecta, la publicación de textos en revistas que suelen recibir una gran cantidad de citas).<sup>1</sup> Desde el principio, los índices, como la propia palabra refiere, están pensados para indicar, en sentido estricto, más allá de su contenido, dado que decir que la cantidad de citas recibidas expresa la cantidad de citas recibidas sería tautológico. De ahí que muchos indicadores estén creados (y desde luego se utilicen) para medir calidad y excelencia científica. Es decir, se trata no sólo de una mera forma de medir la cantidad de artículos o citas recibidas, sino que ofrecen además una interpretación basada en la relación entre cantidad de artículos o citas recibidas y posición en la escala de la excelencia.

Se han formulado muchos índices para medir la excelencia. Existe, entre otros, el índice A (Jin 2006) y el índice AR (Jin et al. 2007), el índice b (Bornmann et. al. 2007), el índice h (Hirsch 2005), el índice h(2) (Kosmulski 2006), el índice g (Egghe 2006b), el índice R (Jin et al. 2007) o el cociente m (Hirsch 2005), que se diferencian principalmente en la valoración o ponderación de lo que miden.

La excelencia presenta una «afinidad electiva» con el intento de medirla (por el tránsito de una definición en términos de momento intrínseco a otra

referida a un momento relacional o extrínseco). Pero una vez medida, la excelencia acaba confundida con su medida. Se llega así a una especie de «fetichismo de la excelencia», por usar una analogía con el análisis marxiano del fetichismo de la mercancía: aquello que ha sido producido acaba hipostasiado, volviéndose contra sus productores para sojuzgarlos.

Desde el ámbito académico se han planteado críticas a esta forma de medir. A continuación, sintetizamos las más relevantes. No obstante, dado el enorme valor práctico de la reducción de la complejidad de la actividad científica a índices aparentemente objetivos, prácticamente todas estas críticas se quedan sin efectos.

- a. Una primera crítica se refiere a la presencia de *stakeholders* que filtran el acceso a las revistas más concurridas. Se trata, por regla general, de expertos de un cierto prestigio que no sólo vigilan la calidad de los artículos, sino que también facilitarían el acceso a autores y discípulos afines a la propia obra, dificultando el surgimiento de enfoques nuevos. Por citar un ejemplo, podemos aducir el caso de *Discourse & Communication*, *Discourse & Society* y *Discourse Studies*, cuyos artículos han tenido que superar un primer veredicto de Teun van Dijk, lo que excluye líneas discrepantes como las desarrolladas por Angermüller (2007), Bührmann (2005) o Keller (2010b).
- b. Una variante de esta crítica se refiere al hecho de que las editoriales son empresas concentradas en pocos países, generalmente anglofonos. Esto dificulta el acceso de revistas no publicadas en inglés a los rankings internacionales y, con ello, se perjudica a los autores que participan en ellas. Además, por la presión de publicar en revistas de la anglofonía, autores provenientes de otros contextos que les remitan artículos verían menguada su capacidad de expresión.

<sup>1</sup> Otras formas de medir, p.ej. mediante patentes o estimación de la financiación externa, tienen (aún) una función marginal en el campo de la evaluación de la actividad científica, al menos en el ámbito abarcado por los autores, el de las ciencias sociales y humanidades en España.



- c. Otra crítica a la formalidad de la medición mediante citas, tiene que ver con el hecho de que prescinde de la finalidad por la que una aportación es citada. Se dan casos que artículos de tono polémico son citados con ánimo crítico, sin que esta consideración se tenga en cuenta en el cómputo de citas. El artículo de Maríano Fernández Enguita, «¿Es pública la escuela pública?» (1999) es un buen ejemplo de lo comentado (piénsese que nosotros mismos, al citarlo en el texto, aunque sólo sea como un ejemplo, incrementamos su impacto).
- d. Si no se tiene en cuenta el sentido de la citación, el criterio también permite un abuso fraudulento. Si un grupo de personas dedicadas a la investigación acuerda explícita o implícitamente realizar referencias mutuas en la redacción de sus textos, aunque sean contingentes o gratuitas, aumentará exponencialmente su «excelencia». Todo «colegio invisible» se puede convertir en un «cartel» de citación.
- e. Lauken (2002) afirma además que hay determinados ámbitos en los que la citación cruzada presenta una intensidad mayor por las características de la ciencia en cuestión. Hay campos científicos (y Lauken menciona expresamente en la psicología aquel que utiliza unos tipos específicos de maquinaria) que, por razones estructurales, tienen una densidad más alta de citación (más cantidad de artículos citados por artículo, más autores por artículo, etc.) y, al mismo tiempo, menos páginas por artículo. Por tanto, la formalidad del criterio, como superadora de diversidad de estilos epistemológicos y culturas evaluativas también queda en entredicho. Se podrían introducir elementos correctores, pero ¿con qué criterios se compararían los resultados modificados?

Todos estos elementos por si solos, y sobre todo en su conjunto, pueden quebrar el supuesto acuerdo sobre los criterios de medida. Aún así, se utilizan los principales índices de productividad y de

impacto para la evaluación del personal científico e investigador y para la distribución de fondos consignados a la investigación. Una razón complementaria de que se proceda así radica en que ello permite una rápida evaluación, y con ello una toma de decisión veloz, y que puede llevarse a cabo sin un conocimiento del campo científico específico, lo que permite que sea realizada por personal administrativo. Se trata, en definitiva, de criterios *formales* que prescinden del contenido de la actividad académica (o si se prefiere: de la aportación específica de la actividad científica) y para cuya valoración no se requiere ninguna competencia profesional específica.

Como se decía antes, todas aquellas formas de medición se abstraen de lo que se pretende medir: la calidad científica. La función de la ciencia, la generación de conocimiento relevante, se halla sólo de forma muy indirecta dentro de estos indicadores. Y dado que el éxito de una revista científica depende de dichos indicadores, éstos terminan por influir en las decisiones editoriales. La pescadilla acaba mordiéndose su cola.

### 3.2. LOS EFECTOS DE LA EXCELENCIA

La idea de excelencia amenaza con corromperse en el momento en que una forma, en todo caso, auxiliar y parcial de percibir la superior calidad convierte en dominante y se cosifica de tal forma que desaparece su carácter auxiliar. Hablamos aquí de auxiliar porque al principio tenía el papel de proporcionar a las personas de dentro y fuera de un campo específico una primera visión sobre autores y centros de investigación, una visión que no requeriría conocimientos específicos del campo. Pero ahora, con múltiples instancias mediante las que el personal docente e investigador se somete a evaluación, la relación entre el instrumento de medición y excelencia se invierte: ya no es el instrumento que ayuda a *detectar* la excelencia sino el que la *define* casi exclusivamente. El índice se cosifica, se convierte en fetiche, en objeto de deseo y en objetivo de la actividad académica.

Como decía Lauken (2002), los indicadores no son solamente formas de medir algo al margen del

observador, sin que éste se vea influido por el proceso. La presencia de diversos índices en algunas de las más importantes decisiones académicas, por ejemplo, en aquellas sobre la distribución de fondos o sobre las posibilidades de hacer carrera académica, influyen fuertemente en el comportamiento del propio personal investigador. Como los datos sobre publicaciones son de acceso relativamente sencillo, gracias a la proliferación de grandes bancos de datos, el personal académico se sabe observado en todo momento. Angermüller (2010a) habla por ello del panóptico digital en el que se encuentran todos los sujetos que se dedican a la ciencia. Tal como explica Foucault (1986) cuando habla del panóptico, existe una relación entre *observación* (aquí en la forma de índices bibliométricos), *poder* (en forma de distribución de recursos), y *comportamientos individuales*. Las decisiones sobre el medio de publicación (algunas publicaciones tienen más impacto que otras), sobre los métodos de investigación (aquellos que permiten resultados estadísticamente significativos suelen tener ventajas estructurales a la hora de publicar frente a resultados procedentes de investigaciones cualitativas o teóricas) y también sobre la forma de trabajar (recuérdese que un equipo de investigación también puede establecer un cartel de citación y obtener así un mayor número de coautorías y menciones), suelen plantearse tarde o temprano a cualquier persona dedicada a la investigación y forman parte del cálculo de construcción curricular, que puede acabar determinado por un acomodamiento a la objetividad de la medición de la excelencia. La preocupación por los propios valores de excelencia no es más que la otra parte de la feliz despreocupación por la función del conocimiento en la totalidad de lo social.

Y con esta forma de dirigir desde la distancia (Foucault hablaría de gobernación) el comportamiento del personal investigador, se favorecen también unos conocimientos sobre otros. Se privilegian formas de premiar que son independientes de la calidad del contenido y que se basan en ventajas estructurales a la hora de publicar, citar, promocionar, etc. De esta forma se crea un complejo numerocrático de conocimiento/poder (Angermü-

ller 2010b), que facilita la toma de decisiones políticas e institucionales, pero que afecta decisivamente al ámbito de la creación del conocimiento. Esta numerocracia sólo es posible gracias a las grandes máquinas que son capaces de «traducir productos de reflexión científica, basados en textos, en conocimiento de control numérico» (ibíd. p. 187). Por tanto, la excelencia, en su versión hegemónica, no es una noción inocente, sino una formación discursiva compleja y contingente. El imperativo de la excelencia, entendida en los términos vigentes, en la práctica se puede comprender como una técnica de gobernación, es decir, de dirección desde la distancia y de autoadaptación por parte de los sujetos a los criterios «objetivos» de la excelencia. Así se orientan todos los programas de excelencia que actualmente se formulan en el ámbito académico. Los criterios de evaluación se convierten en objetivos de la actividad científica. La idea de la excelencia se ha invertido: de la noción de que lo intrínsecamente excelente es digno de aprecio singular (recuérdense las primeras definiciones del diccionario) y por tanto se muestra porque recibe muchas citas y es capaz de producir muchos textos, pasamos a la relación inversa, a saber, que lo que recibe muchas citas y produce muchos textos debe ser excelente.

El personal investigador paga el aumento de metacognición sobre la producción científica con un distanciamiento de la propia actividad de generación de saber y finalmente con la alienación del conocimiento mismo. La función social del conocimiento amenaza con desaparecer tras los criterios de excelencia. De este modo, se puede entender la presión que acaba en el fraude científico. La verdad como objetivo de las ciencias se subordina a otros criterios de fama y éxito. Respecto a la posibilidad de medir la excelencia, se podría aplicar a esta noción lo que Horkheimer y Adorno (1994) decían sobre la falsedad de la ilustración. En este sentido, la falsedad de la excelencia «no radica en aquello que siempre le han reprochado sus enemigos románticos: método analítico, reducción a los elementos, descomposición mediante la reflexión, sino en que para ella el proceso está decidido de antemano. Cuando en el procedimiento matemá-

tico lo desconocido se convierte en la incógnita de una ecuación, queda caracterizado con ello como archiconocido aún antes de que se le haya asignado un valor.» (p. 78) Se corre el peligro de pagar el formalismo de los indicadores metacientíficos con la sumisión del criterio científico, racional a los datos bibliométricos.

En Alemania algunas universidades, y gran parte de los departamentos de sociología, decidieron, durante el verano de 2012, no participar en el — hasta entonces prestigioso— ranking universitario alemán CHE.<sup>2</sup> Este movimiento crítico, fue iniciado por el departamento de sociología de la universidad de Jena que siempre se situaba entre los mejores departamentos de sociología de Alemania según el ranking CHE. La crítica al ranking se desplegaba en tres argumentos principales. En primer lugar, se ha formulado la crítica metodológica de analizar a los departamentos, su calidad investigadora y docente, con un número insuficiente de datos (p. ej. mediante pocos cuestionarios) y de reducir 18 indicadores a una única escala final. Esta escala en forma de ranking, que por su simplicidad tiene un gran éxito mediático no refleja la realidad heterogénea de un campo científico. En segundo lugar se ha enunciado una crítica general al formato de ranking universitario y su impacto sobre la creación de conocimiento. El argumento es bastante sencillo: para que un campo científico específico progrese en su totalidad no importa en qué instituciones se realizan las investigaciones o publicaciones. Ahora bien, una institución sube en el ranking si logra contratar a investigadores más productivos. Para el campo científico esto no supone ninguna mejora, sólo una reubicación del personal investigador. La tercera crítica parte de este argumento, alegando que la concentración del mejor personal científico en pocas universidades tiene consecuencias nefastas desde el punto de vista de la política científica. Como los centros que ocupen los primeros puestos en el ranking tienen más facilidad para acceder a subvenciones y recursos de terceros, el resto de centros experimenta una disminución, puesto que la

cantidad total no depende de la existencia del ranking. La propuesta irónica que Munch ha hecho en su blog es la de ahorrarse el ranking y destinar directamente la mayor parte de los fondos de investigación a unos pocos centros. De esta forma se crea igualmente «excelencia». Como se decía antes, se trataría de una mera redistribución de recursos que no aumentaría el progreso total en una ciencia.

#### 4. LA EXCELENCIA AUTOCONSCIENTE

En referencia a la cita que hemos antepuesto a este artículo, podemos hablar de color «sepia» aunque no conservemos un patrón en el Museo de Pesas y Medidas de París. Del mismo modo, podemos hablar de «excelencia» aunque sin recaer en la «obsesión aritmomórfica», que decía N. Georgescu-Roegen (1971). Según este matemático y economista, padre de la economía del medio ambiente, en la ciencia conviven nociones aritmomórficas y nociones dialécticas. Las primeras se pueden «medir» aritméticamente, esto es, presentan valores que podemos hacer corresponder con una serie numérica. Las segundas, no, y no por ello dejan de ser nociones científicas. Un ejemplo es la noción de vida, que nadie puede negar que es una noción científica, de hecho, da nombre a la disciplina biológica, pero que no tiene carácter aritmético. Salvo en los juegos, ningún ser vivo tiene 5 o 10 de vida. La vida sería para Georgescu-Roegen un concepto dicotómico: se tiene o no, aunque las fronteras entre una situación y otra no estén completamente claras: ¿cuándo comienza la vida? ¿Cuándo concluye? La existencia de esa «zona de sombra», en la que explica que en algunos casos no se pueda aplicar la lógica formal (el principio de tercio excluso). Por ello, Georgescu-Roegen se refiere a estas nociones científicas no aritmomórficas como conceptos dialécticos. Algo semejante podríamos decir del color «sepia». En aquella acuarela hay una pincelada sepia. Esta otra pincelada no lo es. Pero definir las fronteras con total precisión es imposible. La cuestión en Wittgenstein remite

<sup>2</sup> Más información sobre la crítica aquí descrita se encuentra en la página web de la Asociación Alemana de Sociología (<[www.dgs.de](http://www.dgs.de)>) y en el blog que para esta asociación escribe el catedrático Richard Münch (<<http://soziologie.de/blog>>).

a la comunidad lingüística, que forman todos los hablantes de una lengua, y no sólo los filólogos o los académicos. Es la totalidad social la que define «sepia». De modo análogo, podemos entender que la excelencia no es en definitiva algo que tenga que definir un criterio externo o una parte restringida de la comunidad científica, sino la comunidad en general, la sociedad.

Naturalmente, la sociedad es una abstracción. Sin embargo, si prescindimos de esa abstracción difícilmente podemos entender el esfuerzo histórico de la humanidad por descubrir las armonías de la naturaleza o enseñarlas a las nuevas generaciones. Es ese olvido de la sociedad, el que hace que se pueda concebir la ciencia —e incluso la enseñanza— como objeto de producción.

El recurso al oxímoron puede tener efectos de crítica social. Es lo que afirma Honneth (2011) respecto al uso que el mencionado Horkheimer y Adorno (1994) realizaron de la noción «industria cultural» en la *Dialéctica de la Ilustración*, una conjunción conceptual inédita que inmediatamente despertaba en el lector connotaciones contrapuestas. Si en algo resulta patente el olvido de la sociedad es precisamente en el hecho de que una expresión como «producción científica» que tenía que haber sido considerada un oxímoron, no sólo está plenamente aceptada, sino que nunca despertó la mínima sospecha de inadecuación. Lo que sería en principio un uso analógico de la noción «producción» referida a la ciencia, se ha convertido hoy en la representación predominante del quehacer científico, y esta representación es la que reclama, en última instancia, mediciones de la excelencia que permitan en definitiva el reparto de fondos económicos.

Hablar de «producción científica» es ignorar que buena parte de la ciencia no tiene una traslación económica directa o indirecta, o que el descubrimiento científico no siempre es el resultado de un proceso programado. Descubrimientos científicos extraordinarios (como la penicilina, la radioactividad o la refutación del éter atmosférico) no fueron el resultado de «proyectos» que se cumplieron con eficacia y eficiencia. Hay que recordar que la explicación de la estructura de las revoluciones científicas

del mencionado Kuhn surge precisamente para oponerse a la visión falseada del progreso científico que presentaban los manuales de Física en los que la lógica de la investigación y la lógica del descubrimiento se hacían corresponder. Si, como hemos dicho antes, la medición de la excelencia a partir de criterios como, entre otros, las citas recibidas por los colegas, parece ser coherente con la noción de paradigma de Kuhn, no lo es con la pretensión fundamental de su autor.

Proponemos, por tanto, reformular el concepto de «excelencia» como «excelencia autoconsciente». Se trataría de distinguir estados de excelencia frente a estados de no excelencia, pero hacerlo intentando asumir el punto de vista de la totalidad social. La comunidad científica y académica no efectúa la investigación y la docencia por cuenta propia, sino por tradición y encargo social. Por tanto, ha de asumir el papel de «lugarteniente» de la sociedad en la preocupación por la excelencia. No se trata de adoptar una perspectiva *ad intra* y preguntar cómo reciben los colegas la investigación de uno, sino de adoptar una perspectiva *ad extra* y preguntar cómo recibiría la sociedad el trabajo propio.

Una universidad y una ciencia que incluyen la pregunta por la consideración social de su excelencia es necesariamente una universidad que reformula su «extensión» y una ciencia que replantea su «divulgación». La «extensión» no es una función universitaria subsidiaria respecto de la docencia y la investigación, sino la clave de una comprensión de la excelencia de acuerdo con su dialéctica.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANGERMÜLLER, J. (2007). *Nach dem Strukturalismus*. Bielefeld, transcript.
- ANGERMÜLLER, J. (2010a): «Wissenschaft zählen. Regieren im digitalen Panopticon». *Leviathan*. Berliner Zeitschrift für Sozialwissenschaft. 25: 174-190.
- ANGERMÜLLER, J. (2010b): *De la numérocrite. La production du savoir dans l'université entrepreneuriale*, en: Angermüller, J. et. al. (Eds) *Les discours de l'économie. Sciences sociales et sciences du langage*, PUF, Paris.

- BEST, S. & KELLNER, D. (1997). *The postmodern turn*. Nueva York, The Guilford Press.
- BOLTANSKI, L. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.
- BORNMANN, L. & DANIEL, H. D. (2007): «What do we know about the h index?», *Journal of the American Society for Information Science and Technology*, 58(9): 1381-1385.
- BÜHRMANN, A., & SCHNEIDER, W. (2007): «More Than Just a Discursive Practice? Conceptual Principles and Methodological Aspects of Discursive Analysis», *Forum: Qualitative Social Research*, 8(2).
- EGGHE, L. (2006): «An improvement of the h-index: the g-index», *ISSI Newsletter*, 2(1): 8-9.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1999): «¿Es pública la escuela pública?», *Cuadernos de pedagogía*, núm. 284: 79-81.
- FOUCAULT, M. (1986): *Vigilar y castigar*. Madrid, Siglo XXI Editores
- HABERMAS, J. (1982). *Conocimiento e interés*. Madrid, Taurus.
- HERRMANN, M. (2009). «Führen europäische Exzellenzstrategien zur Entstehung von Spitzenuniversitäten? 'Exzellente' Forschung und 'exzellente' Hochschullehre— Symbiose oder Konkurrenz?», Tesis de licenciatura, Universidad de Viena.
- HIRSCH, J.E. (2005): «An index to quantify an individual's scientific research output», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 102 (46): 16569-16572.
- HONNETH, A. (2011). «Sobre la posibilidad de una crítica alumbrante. La Dialéctica de la Ilustración en el horizonte de los debates actuales sobre la crítica social», en: (ibíd.) *La sociedad del desprecio*. Madrid, Trotta.
- HORKHEIMER, M. (2000). *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona, Paidós.
- HORKHEIMER, M. & ADORNO, T.W. (1994). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid, Taurus.
- JIN, B. (2006): «H-index: an evaluation indicator proposed by scientist», *Science Focus*, 1(1): 8-9.
- JIN, B., LIANG, L., ROUSSEAU, R. & EGGHE, L. (2007): «The R- and AR-indices: complementing the h-index», *Chinese Science Bulletin*, 52(6): 855-863.
- KELLER, R. (2010a): «Kompetenz-Bildung. Programm und Zumutung individualisierter Bildungspraxis», en: Kurz, T. & Padenhauer M, (eds.) *Soziologie der Kompetenz*. Wiesbaden, VS.
- KELLER, R. (2010b): «El análisis del discurso basado en la sociología del conocimiento (ADSC). Un programa de investigación para el análisis de relaciones sociales y políticas de conocimiento», *Forum: Qualitative Social Research*. 11(3).
- KOSMULSKI, M. (2006): «A new Hirsch-type index saves time and works equally well as the original h-index», *ISSI Newsletter*, 2(3): 4-6.
- LAMONT, M. (2009). *How professors think. Inside the curious world of academic judgment*. Cambridge: Harvard University Press.
- LAUCKEN, U. (2002): «Qualitätskriterien als wissenschaftspolitische Lenkinstrumente», *Forum: Qualitative Social Research* 3(1).
- READINGS, B. (1996). *The university in ruins*, Cambridge (Mass), Harvard University Press.
- WITTGENSTEIN, L. (1999). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Altaya.
- VILLA-SANCHEZ, A. (2008): «La excelencia docente», *Revista de educación*, número extraordinario: 177-212.

